

SLADE

por Stephen King

"Slade", *The Maine Campus*, junio-agosto de 1970. En ciertos aspectos, *Slade* es el más excitante de los primeros trabajos de King que no han sido recopilados, una atractiva explosión de humor disparatado, de pastiche literario y de crítica cultural, todo ello enmascarado en forma de "western": cuenta las aventuras de Slade en su búsqueda de la señorita Polly Peachtree¹ de Paduka.

Publicado en varias entregas en el periódico de la universidad de UMO durante el verano siguiente a la graduación de King, la historia cobra cierta importancia ya que nos muestra a un King que se regodea con el placer de la escritura.

— *extraído de "La Guía Anotada a Stephen King", pag. 45.*

Ya casi había anochecido cuando Slade entró cabalgando en Dead Steer Springsen². Estaba muy erguido en su montura: era un hombre de rostro austero vestido completamente de negro. Hasta las culatas de las dos siniestras pistolas calibre 45, que le colgaban bajas de las caderas, eran negras. Incluso en aquellos primeros años de la década de 1870, cuando el nombre de Slade había empezado a meter miedo en los más robustos corazones del oeste, se habían rumoreado varias leyendas sobre su vestimenta. Una de esas historias decía que él vestía de negro a manera de perpetuo símbolo de luto por su novia de Illinois, la señorita Polly Peachtree de Paduka, quien se marchó trágicamente de este valle de lágrimas cuando un globo Montgolfier incendiado se estrelló contra el granero de los Peachtree mientras Polly ordeñaba las vacas. Aunque algunos decían que Slade vestía de negro porque era un agente del Horrendo Segador en el sudoeste americano: el fontanero del diablo. Y también había algunos que pensaban que era más *rarito* que una moneda de tres dólares. Aunque nadie, sin embargo, era capaz de comentarle esta última idea en la cara.

Ahora Slade detuvo su enorme semental negro frente al Brass Cuspidor Saloon³ y se apeó. Amarró su caballo y sacó del bolsillo del pecho uno de

¹ Melocotonero.

² Los Manantiales del Buey Muerto.

³ Taberna "La Escupidera de Latón".

sus famosos cigarros mexicanos. Lo encendió y dejó escapar una bocanada de humo acre hacia el aire del crepúsculo. Desde detrás de las puertas batientes del Brass Cuspidor le llegó el alboroto de los borrachos. Un piano con ritmo honkytonk estaba tocando «Oh, Sus Botas Doradas».

Un ruido lánguido y débil llegó hasta los agudos oídos de Slade, y éste giró en redondo, desenfundando sus dos siniestras pistolas calibre 45 en un único y borroso movimiento.

—¡Tenga cuidado con eso, señor!

Slade enfundó sus pistolas en sus cananas con un gruñido de desprecio. Se trataba de un anciano que llevaba puesta una maltratada gorra de confederado y unos polvorientos vaqueros con tirantes. «En este pueblo o están borrachos o son idiotas», conjeturó Slade. El viejo cloqueó, despidiendo una ola de mal aliento sobre Slade.

—Creí que iba a aserme un agu'ero, forastero.

Slade sólo fumaba, observándolo.

—¿Usted es Jack Slade, no, compañero? —El viejo dejó ver sus encías sin dientes cuando volvió a sonreír—. Supongo que lo contrató la señorita Sandra del Barra-T, ¿verdá? Ella ha estado teniendo un par de problema con Sam Columbine desde que murió su papá y la dejó a cargo del lugá.

Slade sólo fumaba, observándolo. De repente, el anciano hizo rodar sus ojos.

—¿O é que usted está trabajando para el mimísimo Sam Columbine... es eso? He oído que está contratando a un montón de auténtico buscapleito que lo ayuden a echá a la señorita Sandra del Barra-T. Es que...

—Viejo —lo interrumpió Slade—, espero que pueda correr tan rápido como abre la boca. Porque si no es así, se va a ganar una parcela de un metro ochenta de largo por uno de ancho.

El antiguo buscador de oro empezó a hacer muecas con un temor repentino.

—Usted-usted no sería capá de...

Slade desenfundó una siniestra calibre 45.

El vejestorio comenzó a correr con unos grotescos brincos saltarines. Slade le apuntó cuidadosamente con el cañón de su siniestra calibre 45 y le acertó al primer disparo, por suerte. Luego devolvió la pistola a su cartuchera, se volvió y caminó hacia el Brass Cuspidor, empujando las anchas puertas batientes.

Cada ojo del lugar se volvió para contemplarlo fijamente. Los rostros empalidecieron. El mozo dejó caer el cuchillo que estaba utilizando para cortar la espuma de la cerveza. El elegante jugador de la última mesa dejó caer tres ases de la manga: dos de ellos eran bastos. El pianista se cayó de su taburete, se revolvió y salió corriendo por la puerta trasera. El perro del

mozo, el General Custer, gimió y se arrastró bajo la mesa de juego. Y parado junto a la barra, tomando serenamente un trago de whisky, estaba John "Backshooter"⁴ Parkman, uno de los más peligrosos pistoleros de Sam Columbine.

Un cuchicheo horrorizado recorrió la multitud:

—¡Slade! ¡Es Jack Slade! ¡Es Slade!

Se produjo una súbita prisa por alcanzar las puertas. Afuera, alguien bajaba corriendo por la calle, gritando.

—¡Slade está en el pueblo! ¡Atranquen las puertas! ¡Jack Slade está en el pueblo y que Dios ayude a quienquiera que ande buscando!

—¡Parkman! —gruñó Slade.

Parkman se volvió para enfrentar a Slade. Tenía un fósforo entre sus horribles dientes y una mano cerca de la culata llena de muescas de su siniestra calibre 41.

—¿Qué te trae por Dead Steer, Slade?

—Estoy trabajando para una amable señora llamada Sandra Dawson —dijo Slade, lacónicamente—. ¿Y qué hay de tí, "Backshooter"?

—Yo trabajo para Sam Columbine, y puedes irte al infierno si no te gusta cómo suena eso, compañero.

—No me gusta nada —gruñó Slade, y tiró su cigarro. El mozo, que estaba tratando de esconderse en un agujero del suelo, gimoteó.

—Se dice que eres rápido, Slade.

—Bastante rápido.

Backshooter le sonrió con un gesto malvado.

—También se dice que eres más *rarito* que un billete de tres dólares.

—¡Desenfunda, pringosa culebra hija de perra! —gritó Slade. Backshooter buscó su pistola, pero incluso antes de que pudiera tocar la culata, las dos siniestras calibre 45 de Slade ya estaban fuera y eructando plomo. Backshooter fue arrojado contra la barra, donde quedó encogido.

Slade enfundó sus armas y pasó por encima de Parkman, con las espuelas tintineando. Lo miró desde arriba. En el fondo, Slade era un amante de la paz y, ¿qué cosa había que fuera más amante de la paz que un cadáver? El pensamiento lo inundó de una tranquila alegría y de un triste anhelo por su novia de la infancia, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois.

El mozo se apresuró en dar vuelta a la barra para mirar los restos mortales de John "Backshooter" Parkman.

—¡No es posible! —jadeó—. ¡Le disparó en el corazón seis veces y se le podría tapar los seis agujeros con una moneda de oro de veinte dólares!

⁴ El que dispara por la espalda.

Slade extrajo uno de sus famosos cigarros mexicanos del bolsillo del pecho y lo encendió.

—Mejor llame al funebrero para que se lo lleve antes de que comience a apestar.

El mozo compuso una mueca nerviosa en dirección a Slade y salió a toda prisa por las puertas batientes. Slade fue hasta detrás de la barra, se sirvió un trago de Digger's Rye⁵ (de 190°) y caviló en lo solitaria que era la vida de un pistolero alquilado. La mano de cada hombre se volvía contra ti y nunca estabas del todo seguro si tenías el arma cargada, siempre esperando que una bala te pegara en la espalda o en la vesícula, que era incluso peor. Seguramente era muy difícil dedicarte a tus asuntos con una bala en la vesícula. Las puertas batientes del Brass Cuspidor oscilaron y Slade volvió a sacar sus dos siniestras calibre 45 con un movimiento rápido y fluido. Pero era una muchacha: una bonita rubia con una silueta que habría hecho que Ponce de Leon se olvidara de la fuente de la juventud. «Hubba-hubba», pensó Slade para sí mismo. Sus labios se torcieron en una sonrisa delgada y triste cuando enfundó sus armas. Semejante muchacha no era para él; se mantenía fiel a la memoria de Polly Peachtree, su único amor verdadero.

—¿Usted es Jack Slade? —le preguntó la rubia separando sus encantadores labios rojos, que eran del color que alcanza la cereza madura en el mes de mayo.

—Así es, señora —respondió Slade, tragándose su vaso de Digger's Rye y sirviéndose otro.

—Soy Sandra Dawson —se presentó ella, acercándose a la barra.

—Me lo figuraba —dijo Slade.

Al avanzar, Sandra miró el cuerpo tirado de John "Backshooter" Parkman con ojos ardientes.

—¡Éste es uno de los hombres que asesinaron a mi padre! —exclamó—
¡Uno de los infames cerdos asesinos que contrató Sam Columbine!

—Le creo —dijo Slade.

El pecho de Sandra Dawson subió y bajó al exhalar un suspiro. Slade mantenía un ojo fijo en él, sólo por una cuestión de seguridad.

—¿Lo despachó usted, señor Slade?

—Así es, señora. Y fue un placer.

Sandra pasó los brazos alrededor del cuello de Slade y lo besó, sus labios llenos quemando contra los suyos.

—Usted es el hombre que he estado buscando —jadeó, con el corazón acelerado—. Cualquier cosa que pueda hacer por ayudarlo, cualquier...

Slade la empujó hacia atrás, inhalando profundamente su famoso cigarro mexicano para poder recobrar la calma.

⁵ Whisky del Sepulturero.

—Me parece que se está equivocando conmigo, señora. Yo soy fiel a la memoria de mi único amor verdadero, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois. Pero si hay algo que pueda hacer para ayudarla...

—¡Sí que lo hay, ya lo creo que sí! —murmuró—. Por eso mismo le escribí. ¡Sam Columbine está tratando de quitarme mi rancho, el Barra-T! ¡Él asesinó a mi padre, y ahora está intentando echarme de mis tierras para poder comprarlas baratas y venderlas a buen precio cuando el Gran Ferrocarril del Sudoeste decida pasar un ramal por aquí! ¡Ha contratado a un montón de buscapleitos como éste —empujó a "Backshooter" con la puntera de su zapato—, y está tratando de atemorizarme! —miró suplicante a Slade—. ¿Puede ayudarme?

—Calculo que sí —dijo Slade—. Simplemente no haga demasiado alboroto, señora.

—¡Oh, Slade! —susurró ella. Justo se estaba echando en los brazos de él cuando el mozo entró apurado en la taberna, con el sepulturero a la saga. Para ese entonces el perro del mozo, el General Custer, ya se había arrastrado desde abajo de la mesa de juego y se estaba comiendo el chaleco de John "Backshooter" Parkman.

—¡Señorita Dawson! ¡Señorita Dawson! —gritó el mozo—. ¡Acaba de llegar al pueblo Mose Hart, su jefe de peones! ¡Dice que el barracón del Barra-T está ardiendo!

Pero Slade ya estaba en camino antes de que Sandra Dawson pudiera contestar.

Había pasado menos de un minuto y ya galopaba hacia el incendio del rancho Barra-T de Sandra Dawson.

Stokely, el enorme semental negro de Slade, lo llevó rápidamente por el Winding Bluff Road⁶ hacia el siniestro resplandor del fuego en el horizonte.

Mientras cabalgaba, una horrenda determinación se derramó sobre él, como si fuera mantequilla caliente: ¡encontrar a los pistoleros de Sam Columbine y darles su merecido!

Cuando llegó al rancho Barra-T de Sandra Dawson el barracón era una bola roja y ardiente. Y parados frente a ella, riendo malignamente, se encontraban tres de los pistoleros de Sam Columbine: Sunrise⁷ Jackson, Shifty⁸ Jack Mulloy, y Doc Logan. De Doc Logan se rumoreaba que había despachado a doce criadores de ovejas a Boot Hill⁹ en la sangrienta batalla de la cordillera de Abeliene. Pero en esa época Slade había estado pasando sus días en un bonito deslumbramiento con su único amor verdadero, la

⁶ El Tortuoso Camino Escarpado.

⁷ Amanecer.

⁸ Inquieto.

⁹ La Colina de las Botas.

señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois. Ella había muerto tiempo después en un terrible accidente, y ahora Slade estaba hecho de acero frío y sangre caliente... por no mencionar su ropa interior de seda con bonitas flores azules.

Bajó de su semental y extrajo uno de sus famosos cigarros mexicanos del bolsillo.

—¿Qué andan haciendo por aquí, chicos? —preguntó tranquilamente.

—¡Estamos asando algunas almejas! —exclamó Sunrise Jackson mientras dejaba caer una mano junto a la culata de su siniestra pistola matacaballos calibre 50— ¡Jua, jua, jua!

Un vaquero herido salió corriendo de las fluctuantes sombras rojas.

—¡Ellos prendieron fuego el barracón! —gritó—. ¡Y aquél —señaló a Doc Logan— dijo que están bajo las órdenes de ese canalla asesino de Sam Columbine!

Doc Logan desenfundó y abrió tres nuevos agujeros en el magullado vaquero, quien quedó tumbado en el suelo.

—Me pareció que se veía demasiado acalorado por todo ese fuego —le dijo Doc a Slade—, de modo que lo ventilé un poco. ¡Jua, jua, jua!

—Siempre se puede reconocer a un pobre asesino de panza flácida por la manera en que ríe —dijo Slade, apoyando las manos sobre las culatas de sus siniestras calibre 45.

—¿Es eso cierto? —preguntó Doc—. ¿Y cómo ríen?

—Jua, jua, jua —gruñó Slade.

—¡Desenfunda, canalla republicano! —aulló Shifty Jack Mulloy y fue a por su arma. Slade extrajo sus dos siniestras calibre 45 con un límpido movimiento y destrozó a Shifty Jack antes de que el fierro de Mulloy hubiera incluso abandonado la funda. Sunrise Jackson ya estaba disparando, y Slade sintió que una bala le rozaba la sien. Slade mordió el polvo y se lo hizo morder a Jackson. Éste retrocedió dos pasos y se desplomó, tan muerto como una tortuga con viruela.

Pero Doc Logan se le estaba escapando. Se subió de un salto a la silla de montar de un potro indio que tenía un ojo bizco y lo espoleó. Slade le disparó dos veces, pero la luz estaba muy tramposa, el potro de Logan saltó la empalizada de la propiedad, y ya desaparecía en la oscuridad... para volver e informar a Sam Columbine, sin duda alguna.

Slade caminó por encima de Sunrise Jackson y lo giró con una bota. Jackson tenía un agujero justo entre los ojos. Luego se acercó a Shifty Jack Mulloy, quien estaba dando su último aliento.

—¡Me atrapaste, compañero! —boqueó Shifty Jack—. Me siento peor que una tortuga con viruela.

—Nunca me digas republicano —le gruñó Slade. Le mostró a Shifty Jack su botón de Gene McCarthy y luego le pegó un tiro.

Slade enfundó sus sinistras calibre 45 y tiró a un lado la colilla apagada de su famoso cigarro mexicano. Se encaminó hacia la ennegrecida casa del rancho para asegurarse de que no hubiera más hombres de Sam Columbine escondidos allí dentro. Casi había llegado cuando se abrió la puerta delantera y alguien salió corriendo.

Slade desenfundó con un movimiento deslumbrante y disparó, con las llamaradas de los cañones de sus sinistras calibre 45 iluminando la oscuridad con luminosos fogonazos. Slade se adelantó y encendió un fósforo. Se había cargado a Sing-Loo, el cocinero chino.

—Bueno —se lamentó Slade tristemente, al tiempo que enfundaba su arma y experimentaba una gran ola de anhelo por su único amor verdadero, la señorita Polly Peachtree de Paduka—, imagino que no se puede ganar siempre.

Empezó a estirar una mano para alcanzar otro de sus famosos cigarrillos mexicanos, cambió de idea y se preparó un porro. En cuanto comenzó a ver en el cielo todo tipo de interesantes luces azules y verdes, volvió a montar en su siniestro semental negro y se dirigió hacia Dead Steer Springs.

Cuando estuvo de regreso en el Brass Cuspidor Saloon, Mose Hart, el capataz del Barra-T, salió a toda prisa, sosteniendo en una mano la botella de Digger's Rye con la que había estado apaciguando sus castigados nervios.

—¡Slade! —gritó—. ¡La señorita Dawson ha sido secuestrada por Sam Columbine!

Slade bajó de su enorme semental negro, Stokely, y encendió un famoso cigarro mexicano. Aún estaba digiriendo lo de Sing-Loo, el cocinero chino del Barra-T al que había agujereado por equivocación.

—¿No piensa ir a salvarla? —le preguntó Hart, mientras los ojos le rodaban salvajemente—. ¡Sam Columbine puede intentar violarla... o incluso robarla! ¿No va a seguirles la pista?

—Ahora mismo —gruñó Slade— me voy a registrar en el Hotel de Dead Steer Springs para pasarme una buena noche de sueño. Desde que llegué a este maldito pueblo me he tenido que cargar a tres pistoleros y a un cocinero chino, y estoy sumamente cansado.

—Sí —convino Hart, comprensivo—, realmente debe de sentirse terrible, habiendo liquidado cuatro vidas humanas en el transcurso de seis horas.

—Así es —convino Slade, enlazando a Stokely al poste de los caballos—, y encima me saqué ampollas en el dedo del gatillo. ¿Sabe dónde puedo conseguir algo de Solarcaine?

Hart negó con la cabeza, de modo que Slade comenzó a bajar hacia el hotel, con sus espuelas tintineando bajo los tacones de sus botas de vaquero de Bonanza (tenían unas doble suelas dentro de los tacos: Slade era muy sensible con respecto a su altura). Los ancianos y las mujeres embarazadas se cruzaban a la vereda de enfrente cuando le veían venir. Un niño pequeño llegó junto a él y le pidió un autógrafo. Slade, quien no quería alentar ese tipo de cosas, le disparó en una pierna y siguió caminando.

Una vez en el hotel pidió un cuarto; el tembloroso empleado le dijo que la suite del segundo piso estaba disponible y Slade subió. Se desnudó, luego volvió a ponerse las botas y se metió en la cama. Al momento siguiente ya estaba dormido.

Alrededor de la una de la mañana, mientras Slade soñaba dulcemente con su novia de la infancia, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois, la ventana se fue abriendo poco a poco, sin el más mínimo chirrido que pudiera alertar los perspicaces oídos de Slade. La silueta que se arrastró era de hecho espantosa; si Jack Slade era el más temido pistolero del sudoeste americano, el Jorobado Fred Agnew era el asesino más odiado. Era un enano de unos sesenta centímetros de altura que tenía en su encorvada espalda una giba lo bastante grande incluso para un camello mediano. En una mano blandía una cuchilla árabe para desollar de noventa centímetros (y aunque el Jorobado Fred nunca había desollado a un árabe con ella, se había hecho conocido por haberla puesto a trabajar y cambiarle las caras a tres comisarios americanos, a dos alguaciles de condado y a una vieja señora de Boston que se dirigía a Arizona para recuperarse de la enfermedad de Parkinson). En la otra mano llevaba una caja grande hecha de cañas de río entrelazadas.

Se deslizó por el piso en un silencio absoluto, con su cuchillo árabe de desollar preparado, y sin despertar a Slade. Entonces apoyó la caja cuidadosamente sobre la silla junta a la cama. Sonriendo diabólicamente, abrió la tapa y extrajo una pitón de tres metros y medio llamada Sadie Hawkins. Sadie había sido íntima compañera del Jorobado Fred durante los últimos doce años, y en muchas ocasiones había salvado de la muerte al espantoso hombrecito.

—Haz lo tuyo, cariño —susurró Fred afectuosamente. Sadie casi parecía sonreírle mientras el Jorobado Fred la besaba en su boca negra y mortal. La serpiente se deslizó hasta la cama y empezó a arrastrarse hacia la cabeza de Slade. Riéndose tonta y diabólicamente, el Jorobado Fred se retiró a un rincón para poder disfrutar de la escena.

Sadie trepó por la cama culebreando en lentas curvas de S, y se echó hacia atrás para atacar. En ese momento, el débil siseo que hacían las escamas sobre la sábana llegó a oídos de Slade.

¡Una mujer estaba en la cama con él! Ése fue su primer pensamiento cuando rodó del lecho y cayó al suelo, alcanzando la siniestra derringer que siempre llevaba ceñida a su pantorrilla derecha. Sadie golpeó la almohada, justo donde había estado su cabeza tan sólo un segundo antes.

El Jorobado Fred gritó con desilusión y arrojó su cuchilla árabe de desollar de noventa centímetros, que rebanó uno de los lóbulos de la oreja de Slade y cayó al suelo vibrando.

Slade abrió fuego con la derringer y el Jorobado Fred golpeó contra la pared, volcando el cuadro de las Cataratas del Niágara de la cómoda. Su siniestra carrera llegaba a su fin.

Evitando la pitón cuidadosamente (que parecía haberse dormido sobre la cama), Slade se vistió. Era hora de salir hacia el rancho de Sam Columbine y acabar de una vez por todas con ese coyote limoso.

Slade bajó las escaleras asegurándose las pistoleras gemelas de sus sinistras calibre 45. El empleado del mostrador lo miró todavía con más nerviosismo que antes.

—¿O-oyó un disparo? —tartamudeó.

—La verdad que no —respondió Slade—. Pero va a ser mejor que suba y cierre la ventana junto a la cama. Al salir la dejé abierta...

—Sí, señor Slade. Por supuesto. Por supuesto.

Y entonces Slade se largó, estrictamente decidido en encontrar a Sam Columbine y darle su merecido de una vez por todas.

Slade llegó atropelladamente al Brass Cuspidor, donde Mose Hart, el capataz del Barra-T de Sandra Dawson, se apoyaba sobre la barra con una botella de Digger's Rye (de 206°) en una mano.

—Okay, tú, borrachín limoso —gruñó Slade, dándole vuelta a Hart y quitándole de un tirón la botella de la mano—. ¿Dónde queda el rancho de Sam Columbine? Me voy a encargar de ese podrido comedor de hígado; acaba de enviar al Jorobado Fred Agnew contra mí.

—¿El Jorobado Fred? —se asombró Hart, poniéndose tan blanco como un papel—. ¿Y usted todavía está vivo?

—Lo llené de plomo —respondió Slade con severidad—. Tendría que haber sabido que no estaba nada bien ponerme una serpiente sobre la cama.

—El Jorobado Fred Agnew —susurró Hart, todavía atemorizado—; se rumoreaba que podría ser el próximo vicepresidente del sudoeste americano.

Slade soltó una risa áspera que hizo que hasta el General Custer, el perro del mozo, se acurrucara.

—¡Bueno, supongo que ahora puede ser el vicepresidente del infierno! —bromeó Slade. Le hizo una seña al mozo, quien estaba parado al otro extremo de la barra leyendo una novela del oeste.

—¡Mozo! ¿Qué bebidas tiene para prepararme un trago?

El mozo se acercó prudentemente, guardándose el ajado ejemplar de *Las Novias Sangrientas de Toro Sentado* en su bolsillo trasero.

—Bien, señor Slade, tenemos las de siempre... el Gerónimo, el Fuerte Bragg Backbreaker, Revientacráneos Pete, el Sobaco del Vejete...

—¿Y qué hay de un trago de Digger's Rye (de 206°)? —sugirió Hart con una mueca vítrea.

—Cállese —gruñó Slade. Se volvió hacia el mozo y sacó una de sus sinistras calibre 45.

—Si no me prepara un trago que nunca haya tomado antes, amigo, va a estar criando margaritas antes del amanecer.

El mozo empalideció.

—B-bien, tenemos una bebida de mi propia invención, señor Slade. Pero es tan potente que he dejado de servirla. Me cansé de tener tanta gente desmayada sobre la mesa de la ruleta.

—¿Cómo se llama?

—Le decimos el zombi —explicó el mozo.

—Bien, prepáreme tres, ¡y hágalo rápido! —ordenó Slade.

—¿Tres zombis? —dijo Mose Hart con los ojos desorbitados—. Mi Dios, ¿usted está loco?

Slade se volvió hacia él fríamente.

—Amigo, cuando lo dice, dígalo con una sonrisa.

Hart sonrió y tomó otro trago de Digger's Rye.

—Okay —dijo Slade cuando le pusieron las tres bebidas enfrente. Estaban servidas en enormes porrones de cerveza y apestaban como la ira de Dios. Apuró la primera de un solo trago, contuvo la respiración, se tambaleó un poco, y encendió uno de sus famosos cigarrros mexicanos. Luego se volvió hacia Mose.

—Y ahora ¿dónde está el rancho de Sam Colombine? —preguntó.

—Tres millas al oeste, cruzando el vado —le indicó Mose—. Se llama el Rancho del Buitre Podrido.

—Me lo imaginaba —acotó Slade, vaciando su segunda bebida hasta dejar los cubitos de hielo. Estaba comenzando a sentirse un poco mareado. «Probablemente tenga algo que ver con lo tarde de la hora», pensó, y se dedicó a su tercera bebida.

—Mire —comentó Mose Hart con timidez—, sinceramente no creo que usted esté en condiciones de enfrentarse a Sam Colombine, Slade. Sería capaz de darle a usted su merecido.

—Non me diga lo que tengo que asher —respondió Slade, tambaleándose sobre el General Custer para darle unas palmaditas. Respiró

en la cara del perro y el General Custer se durmió de inmediato—. Y apártese de mi camino shi no quiere que lo parta en dó.

—La salida queda para el otro lado —dijo el mozo prudentemente.

—Porshupesto que sí. ¿Se cree que no me sé por donde etoy yendo?

Slade se tambaleó a lo largo de la barra, pisándole la cola al General Custer (el perro ni se despertó) y atravesó las puertas batientes, donde estuvo a punto de caerse a la acera. Justo entonces un brazo de acero lo sujetó del codo. Slade echó un vistazo alrededor con la mirada nublada.

—Soy Hoagy Charmichael, el ayudante del Marshall —se presentó el extraño—, y lo estoy arrestando por...

—¿De qué she me acusa? —articuló Slade.

—Intoxicación en la vía pública. Ahora vámonos.

Slade eructó.

—Todo me tiene que pashar a mí —se lamentó. Ambos se dirigieron hacia la cárcel de Steer Springs.

Una vez que Slade estuvo en chirona, fue Mose Hart, el capataz de Sandra Dawson, quien pagó su fianza. Slade llenó de plomo tanto a Hart como a Hoagy Charmichael, el ayudante del Marshall (como reprimenda de su terrible resaca). Luego, una vez montado en Stokely, su enorme semental negro, Slade salió hacia el Rancho del Buitre Podrido para vérselas de una vez por todas con Sam Columbine.

Pero Columbine no se encontraba allí. Estaba fuera, torturando a los ex guardias fronterizos, y había dejado a Sandra Dawson bajo la vigilancia de tres secuaces de confianza: "Big" Fran Nixon, "Quick Draw"¹⁰ John Mitchell, y Shifty Ron Ziegfeld. Luego de un acalorado tiroteo, Slade tumbó a los tres sobre sus huellas limosas y liberó a la hermosa Sandra.

El acre y sofocante olor del humo de las pistolas inundó el cuarto donde la encantadora Sandra Dawson había permanecido encerrada. Cuando ella vio a Slade allí de pie, tan alto y victorioso, con una siniestra calibre 45 en cada mano y un cigarro mexicano apretado entre sus dientes, los ojos se le colmaron de amor y pasión.

—¡Slade! —suspiró, saltando sobre sus pies y corriendo hacia él—. ¡Estoy a salvo! ¡Gracias al cielo! ¡Sam Columbine pensaba usarme como alimento para sus caimanes cuando regresara de torturar a los guardias mexicanos de la frontera! ¡Llegaste justo a tiempo!

—Jodidamente justo —gruño Slade—. Siempre lo hago. Steve King se encarga de eso.

Su firme, flexible, sedoso y descarnado cuerpo se desmayó entre sus brazos, y sus labios lujuriosos buscaron la boca de Slade con una madura y húmeda pasión. Slade la aporreó rápidamente en la cabeza con una siniestra

¹⁰ Rápido para desenfundar.

calibre 45 y tiró su cigarro mexicano mientras un gruñido se escapaba de sus labios.

—Mi mamá siempre me decía —gruñó— que me cuidara de las chicas como usted. —Y marchó en busca de Sam Columbine.

Slade abandonó el dormitorio dejando a Sandra Dawson en aquella cámara repleta de humo y frotándose el chichón que tenía en la cabeza, justo donde él la había golpeado con el cañón de su siniestra calibre 45. Montó a Stokely, su enorme semental negro, y se dirigió hacia la frontera, donde Sam Columbine estaba torturando a los hombres de la aduana mexicana con la ayuda de su pistolero No.1: "Pinky"¹¹ Lee. Los únicos dos hombres en todo el sudoeste americano que podrían compararse a "Pinky" eran el malvado "cazador de ratas" Jorobado Fred Agnew (a quien Slade acribillara tres semanas atrás) y el mismísimo Sam Columbine. "Pinky" se había ganado su infame apodo durante la Guerra Civil, cuando acompañaba al capitán Quantrill y a sus Reguladores. Mientras yacía desmayado en la cocina de un elegante burdel en Bleeding Heart¹², Kansas, un oficial de la Unión llamado Randolph P. Sorghum dejó caer una bomba de fabricación casera por la chimenea de la cocina. "Pinky" perdió todo el pelo, las cejas y los dedos de su mano izquierda, salvo el pulgar y el más pequeño. El pelo y las cejas le volvieron a crecer, pero los dedos no. Sin embargo seguía siendo más rápido que un relámpago lubricado y más malo que el infierno. Había jurado encontrar algún día a Randolph P. Sorghum y estaquearlo sobre el hormiguero más cercano.

Pero a Slade no le preocupaba Lee, porque su corazón era bravo y su vigor estaba como para un diez. Muy pronto, los gritos agonizantes de los funcionarios de la aduana mexicana le dijeron que se estaba aproximando a la frontera. Se apeó, ató a Stokely a un poste de estacionamiento y avanzó a través de los matorrales de salvia tan silencioso como un gato. La noche estaba oscura y sin luna.

—¡Ya basta, *amigo*¹³! —gritaba el guardia—. ¡Confieso! ¡Confieso! Yo soy... ¿quién diablos soy?

—Eres un bastardo olvidadizo ¿eh? —dijo Pinky—. Eres Randolph P. Sorghum, el chivato que me voló el 90% de mi mano durante la Guerra Civil.

—¡Lo admito! ¡Lo admito!

Ahora Slade ya se había arrastrado lo bastante cerca como para ver lo que estaba pasando. Lee tenía el funcionario de aduana atado a una silla de respaldo recto, con los pies descalzos sobre un almohadón. Ambos pies

¹¹ Dedo meñique.

¹² Corazón Sangrante.

¹³ En español en el original.

estaban untados de miel, y Whomper, el oso amaestrado de Lee, se los estaba lamiendo con su larga lengua.

—¡No puedo soportarlo más! —gritaba el guardia—. ¡Soy este "comoquieraquesellame", Sorghum!

—¡Por fin lo entendiste! —se regodeó Lee. Desenfundó su siniestra Buntline Special y se preparó para hacer volar al pobre compañero hasta Trinidad. Sam Columbine, parado entre las sombras del fondo, se disponía a traer al siguiente guardia.

Slade se levantó de repente.

—¡Bien, ustedes dos, vómitos de calavera! ¡Quédense quietos!

Pinky Lee se dejó caer sobre el pecho, abanicando el martillo de su siniestra Buntline Special. Slade sintió cómo las balas le pasaban a su alrededor. Disparó dos veces, pero ¡maldición!... los martillos de sus dos sinistras calibre 45 sólo chasquearon sobre recámaras vacías. Había olvidado recargarlas luego de cargarse a los tres tipos malos del Buitre Podrido.

Lee rodó hasta escudarse tras un barril de *taco chips*. Columbine ya estaba agachado detrás de un frasco gigante de mayonesa que habían abandonado un mes antes, luego del peor desastre de inundaciones en la historia del sudoeste americano (¿por qué abandonar una mayonesa luego de un desastre? No es ningún maldito negocio).

—¿Quién está allí? —aulló Lee.

Slade pensó con rapidez.

—Soy Randolph P. Sorghum —vociferó—. ¡El auténtico McCoy, Lee! ¡Y esta vez voy a volarte mucho más que tres dedos!

Su astuto desafío obtuvo el efecto deseado. Pinky saltó imprudentemente (o se imprudenció saltadamente, si lo prefieres) de su escondite, con su siniestra Buntline Special escupiendo fuego.

—¡Voy a destruirte! —gritaba— ¡Voy a...

Pero en ese momento Slade le atravesó la cabeza con una bala, cuidadosamente. Pinky Lee se derrumbó; sus días de maldad habían terminado.

—¿Lee? —lo llamó Sam Columbine—. Pinky, ¿estás allí? —Podía advertirse una nota de cobardía en su voz.

—¡Acabo de cargármelo, Columbine! —gritó Slade—. ¡Y ahora estamos solo tú y yo... y estoy yendo a por tí!

Con sus sinistras calibre 45 disparando y un cigarro mexicano apretado entre los dientes, Slade empezó a bajar la colina en busca de Sam Columbine.

A mitad de camino de la ladera, Sam Columbine soltó semejante descarga de disparos que Slade tuvo que agacharse detrás de un cactus. No

podía bajar de un tiro preciso a Columbine porque el taimado bribón se había escondido detrás de un oportuno y gigantesco tarro de mayonesa.

—¡Slade! —gritó Columbine—. ¡Es hora de que arreglemos este asunto como dos hombres! ¡Enfunda tu pistola y yo guardaré la mía! ¡Luego nos dejamos ver y nos enfrentamos! ¡El mejor de nosotros se irá caminando!

—¡Okay, rastrera serpiente de cascabel! —bramó Slade en respuesta. Enfundó sus sinistras calibre 45 y salió del abrigo del cactus.

Columbine emergió del tarro de mayonesa. Era un hombre alto con un cutis oliváceo y una mueca malvada. Su mano se posaba sobre la culata de la siniestra pistola Smith & Wesson que le colgaba de la cadera.

—¡Bien, con que ése eres tú, compañero! —declaró Slade, sonriendo con desprecio. Tenía un cigarro mexicano apretado entre los dientes cuando se dirigió hacia Columbine—. ¡Saluda a todos en el infierno por mí, Columbine!

—Eso lo veremos —Columbine también sonrió con desprecio, pero le temblaban las rodillas cuando se puso en guardia, listo para el duelo.

—¡Okay! —anunció Slade—. ¡Saca tu pistola!

—¡Esperen! —chilló alguien—. ¡Esperen, esperen, ESPEREN!

Ambos se dieron vuelta. ¡Era Sandra Dawson! Estaba corriendo hacia ellos, sin aliento.

—¡Slade! —gritó—. ¡Slade!

—¡Agáchese! —gruñó Slade—. Sam Columbine está...

—¡Tenía que decírtelo, Slade! ¡No podía dejar que continuaran con esto, podrías resultar muerto! ¡Y nunca te enterarías!

—¿Enterarme de qué? —preguntó Slade.

—¡De que soy Polly Peachtree!

Slade abrió la boca, estupefacto.

—¡Pero usted no puede ser Polly Peachtree! ¡Ella fue mi único amor verdadero y resultó muerta por un globo Montgolfer que se estrelló mientras ordeñaba sus vacas!

—¡Logré escapar, pero con amnesia! —lloraba ella—. Esta noche acabo de recordarlo todo. ¡Mira! —Y se sacó la peluca rubia que había estado llevando. ¡En efecto, ella era la hermosa Polly Peachtree de Paduka, volviendo de la muerte!

—¡¡¡POLLY!!!

—¡¡¡SLADE!!!

Slade se abalanzó sobre ella y se abrazaron, olvidándose de Sam Columbine.

Slade estaba a punto de preguntarle cómo le había ido cuando Sam Columbine, como buena rata infame que era, se arrastró a sus espaldas y le disparó a Slade tres veces en la espalda.

—¡Gracias a Dios! —susurró Polly cuando ella y Sam se abrazaron—. Por fin. ¡Él ha muerto y nosotros estamos libres, querido!

—Sí —gruño Sam—. ¿Cómo te ha ido, Polly?

—Ni te imaginas lo terrible que fue —sollozó ella—, no solo porque los estuvo matando a todos, sino porque además es más *rarito* que un billete de tres dólares.

—Pues bien, ya se acabó —afirmó Sam.

—¡Como la diversión! —irrumpió Slade. Se incorporó y los acribilló a ambos—. Fue bueno que llevara mi ropa interior a prueba de balas —agregó, encendiendo un nuevo cigarro mexicano. Contempló los cuerpos helados de Sam Columbine y de Polly Peachtre, y una gran ola de tristeza rompió sobre él. Arrojó su cigarro y encendió un porro. Luego caminó hacia donde había atado a Stokely, su semental negro. Rodeó con sus brazos el cuello de Stokely y lo abrazó firmemente.

—Por fin, querido —susurró Slade—. Estamos solos.

Luego de un largo rato, Slade y Stokely se adentraron en el ocaso en busca de nuevas aventuras.